



Lope de Vega

# **Los trabajos de Jacob**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Lope de Vega

## Los trabajos de Jacob

PERSONAS:

BATO, villano.

LIDA, villana.

JACOB, viejo.

RUBÉN.

ISACAR.

SIMEÓN.

NICELA.

ZELFA.

JOSEF.

PUTIFAR.

ASIRIS, copero.

SOLDADOS.

NEPTALÍN.

FENICIA.

LISENO.

BENJAMÍN.

MÚSICOS.

EL REY FARAÓN.

UN ÁNGEL.

TEBANO.

DOS SABIOS.

ELIO.

ISACIO.

SERVIO.

Jornada primera

Salen NICELA y JOSEF.

JOSEF. ¿Para qué quieres saber  
las desdichas de un cautivo,  
dichosas en tu poder?

NICELA. Sin el gusto que recibo,

es condición de mujer,  
y yo me entretengo así.

JOSEF. Puesto que os sirva aquí,  
lastimaré mi memoria.

NICELA. Cuéntame, Josef, tu historia.

JOSEF. Pues, Nicela, escucha.

NICELA. Di.

JOSEF. Después del robo de Dina,  
vino el gran Jacob, mi padre,  
a ver a mi abuelo Isaac,  
a Orbea, en el verde valle  
de Mambre, tierra de Abraham,  
habiendo perdido antes  
la bellísima Raquel,  
muerta con dolor notable  
del parto de Benjamín,  
de los dos querida madre.  
Cumplió ciento y ochenta años  
Isaac, y para enterrarle,  
vino Esaú, de Seir,  
con sus fuertes capitanes.  
Crecí yo, mas porque luego  
al oficio me enseñase  
de pastor, con mis hermanos  
iba al campo a ejercitarme.  
Por las frentes de los montes  
vía, entre blancos cambiantes  
de nácar blanco y azul,  
la rosa aurora que sale;  
pero si bien no extendía  
mis pensamientos infantiles,  
más que a contemplar los vientos,  
hijos de tantas edades,  
y al ver revolver los cielos  
en sus quicios celestiales,  
trayendo y llevando días  
sin cine a sus términos falten;  
como se alegraba el campo  
cuando el sol entraba en Aries,  
y cómo al dorar la Virgen  
tantas espigas esparce;  
entre aquel rudo atender,  
cómo las ovejas pacen:  
las danzas de los corderos  
cuando declina la tarde;  
el ver los celosos toros,  
y considerar, que anden

algunos hombres sin celos,  
sobrando a los animales:  
pensaba, Nicela, a veces  
en los vicios detestables  
que en mis hermanos había,  
de que avisaba a mi padre.  
Hízome malquisto entre ellos  
este cuidado importante,  
que no es chisme el que es aviso,  
si importa el mal remediarse.  
Amábame a mí Jacob,  
no porque tuviese partes,  
mas por haberme engendrado  
en su vejez venerable.  
Hízome él mismo un vestido,  
por vestirme y por honrarme;  
creció la envidia, que siempre  
fue polilla de los trajes.  
Contéles un día un sueño,  
si bien pudiera excusarle,  
mas quísolo el cielo así,  
yo lo pago y él lo sabe.  
«Soñé, les dije, que un día  
que ligando nuestros haces,  
la fértil mía, entre todas  
pudo en alto levantarse,  
y estando crecida así  
que las vuestras circunstantes,  
para adoralla, querían  
sobre la tierra humillarse.»  
Respondieron: «¿Por ventura,  
serás nuestro rey? Que tales  
razones muestran que quieres  
sujetarnos y ensalzarte.»  
Soñé después otro sueño,  
y díjeles una tarde:  
«Once estrellas, como a sol  
y la luna, vi adorarme.»  
Esto me riñó Jacob,  
diciendo: «¿Cuando te llames  
sol, tus hermanos y yo  
presumes que han de adorarte?»  
Aquí no pudo la envidia  
ni encubrirse ni enfrenarse;  
que comenzaron por ella  
a ser los hombres mortales.  
Pasados algunos días,

me envió a Siquen mi padre  
para que a mis diez hermanos  
en el campo visitase.  
Pasé del valle de Ebrón,  
y como no los hallase  
en Siquen, fui a Dotain  
entre laureles y sauces.  
Viéronme venir de lejos  
y concertaron matarme,  
y muerto echarme en un pozo  
que estaba entre unos jarales.  
«Veamos, decían todos,  
si podrán aprovecharle  
los sueños»; a quien Rubén  
respondió para librarme:  
«Hermanos, no le matemos:  
mejor acuerdo es echarle  
vivo en el pozo, que hacer  
un delito tan infame.»  
Llegué, y acabando apenas,  
Nicela, de saludarles,  
hasta la túnica mía  
comenzaron a quitarme.  
Metieronme en aquel pozo,  
que de muchos tiempos antes,  
fueron estériles años  
poderosos a secarle.  
Sentáronse cerca de él  
a comer, mas no te espantes  
de que, vengada la envidia,  
coma, sosiegue y descanse.  
Estando, pues, en alfombras  
de floríferos esmaltes,  
comiendo de sus envidias  
y bebiendo de su sangre;  
vieron venir por el campo,  
conocidos por el traje,  
ismaelitas mercaderes  
con camellos y bagajes,  
que de Galaad traían  
aromas, y de otras partes,  
para vender en Egipto;  
a quien por veinte reales,  
y por consejo de Judas,  
para que no me matasen,  
me vendieron a tu esposo  
de la manera que sabes.

NICELA. Notable historia.

JOSEF. Espantosa.

NICELA. ¡Qué grande dolor daría  
a tu padre!

JOSEF. En él sería

una flecha venenosa  
que llegase al corazón  
juntamente con la nueva;  
o sería heroica prueba  
de su noble condición.

NICELA. ¿Cómo no les dio piedad  
tu belleza, Josef mío?

JOSEF. (Ya comienza el desvarío  
de su loca voluntad.) Aparte.

NICELA. Si yo me hallara al venderte,  
mil vidas diera por ti,  
o me mataran a mí  
intentando el ofenderte.

JOSEF. Honrar un esclavo tuyo  
es propio de tu valor.

NICELA. (¡Qué este no entienda mi amor! Aparte.

Si el entendimiento suyo  
el límite humano pasa,  
y con divinos efectos  
se muestra en varios conceptos  
tan admirable en mi casa,  
y a los soldados de quien  
es capitán mi marido...)

JOSEF. Pienso que me he detenido  
y que no parece bien  
que esté un esclavo, señora,  
en tanta conversación;  
¿qué mandas?

NICELA. Oye.

JOSEF. No son  
las razones para ahora.

NICELA. Mira que quiero mandarte.

JOSEF. Si es mandar que me detenga,  
podrás después, cuando venga;  
que voy ahora a otra parte.

Vase.

NICELA. ¿Qué pretendéis, pensamiento,  
de un esclavo? ¿Qué queréis?  
Pues de que en esto penséis  
se corre el entendimiento;

tan humilde rendimiento  
mal con vuestro ser conforma,  
pues hacéis que de este forma  
se transforme en mi señor,  
Josef, si mi loco amor  
en su esclava me transforma.

Suenan cajas y sale PUTIFAR, marido de NICELA, y soldados de acompañamiento.

PUTIFAR. ¡Famoso ha estado el alarde!

SERVIO. Y contento el Rey quedó  
cuando tu gente pasó.

PUTIFAR. Pasó lucida, aunque tarde.

SERVIO. Aquí mi señora está.

PUTIFAR. ¡Nicela mía!

NICELA. ¡Señor,

con mejor música, amor,  
tan buenas nuevas me da!

¿Cómo venís de favores  
del Rey?

PUTIFAR. Vuestro gusto, amor,  
tengo por favor mayor  
que los favores mayores.

NICELA. Voy a prevenir, mi bien,  
donde podáis descansar.

Vase.

PUTIFAR. Fuera de vos no hay lugar  
donde descanso me den.

Recoged esas banderas  
vosotros, y haced la guarda  
que os toca.

Salen JOSEF y TEBANO.

TEBANO. ¡Vista gallarda!

JOSEF. No la vi.

TEBANO. Llega ¿qué esperas?

JOSEF. Dame, gran señor, los pies.

PUTIFAR. ¡Oh, Josef! ¡Oh, mi querido  
Josef!

JOSEF. Quien tu esclavo ha sido  
más con tu favor lo es.

PUTIFAR. Levanta, levanta.

JOSEF. El cielo  
te levante a tal lugar,

que te puedan estimar  
cuantos hoy estima el suelo.  
PUTIFAR. No tengo, Josef, amigo,  
criado que estime tanto;  
pienso que eres justo y santo  
y que Dios está contigo.

Como se me ha hecho bien  
después que en mi casa estás,  
y como la aumentas más,  
aumentas mi amor también.

Tú gobiernas mis criados,  
y quisiera que pudieras  
regir también mis banderas,  
capitanes y soldados.

JOSEF. A tantas obligaciones  
halle el silencio respuesta,  
la boca en la tierra puesta  
a donde las plantas pones;  
mil veces tu esclavo soy.

SERVIO. Señor, el Rey te ha enviado  
a llamar.

PUTIFAR. No he descansado,  
ni sin las armas estoy,  
¿y el Rey a llamarme envía?

JOSEF. Haz tu gusto, gran señor;  
que quien sirve con amor  
en buena esperanza fía.

PUTIFAR. Di que voy; Josef, adiós:  
gobierna esta casa en tanto  
como dueño.

JOSEF. El cielo santo  
te guarde.

PUTIFAR. Y guarde a los dos.

Vase.

JOSEF. Inmenso Rey del cielo,  
que me librastes con tus santas manos  
del envidioso celo  
de mis fieros y bárbaros hermanos;  
tu gran piedad alabo,  
pues dueño soy a donde me vi esclavo.

No sacará la frente  
el aurífero sol por estos montes,  
de luz resplandeciente  
coronados sus altos horizontes,  
cuando juntas las palmas,



más que faltan estrellas te den almas.

Ni la noche sombría  
la servirá de máscara la cara  
con que disfrazo el día,  
que en los umbrales del ocaso para,  
cuando te ofrezca el pecho  
en holocausto un corazón deshecho.

Sale NICELA.

NICELA. ¡Josef!

JOSEF. ¡Señora!

NICELA. ¿Qué haces?

Pero dijera mejor,  
según me trata tu amor:  
Josef, ¿qué es lo que deshaces?  
Tu obligación satisfaces  
su dueño injusto sirviendo,  
no a mí, que traes perdiendo  
el sentido que tenía.

JOSEF. ¿Qué dices, señora mía?

¿Qué dices que no te entiendo?

NICELA. Ya vengo determinada:

déjame, honor, que el amor,  
luego que pierda el temor,  
estima su fuerza en nada.

JOSEF. La vista tiene turbada:

verdad infalible fue  
lo que siempre sospeché;  
pero mi justa lealtad  
vencerá su voluntad,  
y su inconstancia mi fe.

NICELA. ¿Dónde es ido tu señor?

JOSEF. El Rey le envió a llamar.

NICELA. Tú tienes, Josef, lugar  
de satisfacer mi amor.

JOSEF. Más debe de ser furor  
el que te mueve a inquietarme.

NICELA. Y el que te mueve a matarme,  
¿que nombre puede tener?

Advierte que soy mujer  
y he llegado a declararme.

JOSEF. ¡Válgame Dios!

NICELA. Tu ventura

estima, esclavo dichoso,  
pues a un hombre generoso  
desprecio por tu hermosura;

las armas, cuya luz pura  
al sol le pudieran dar:  
las plumas, que coronar  
pudieran sus hebras de oro,  
todo su ornato y decoro,  
por ti lo vengo a dejar.

Quiéreme bien y tendrás,  
regalos no imaginados;  
ahora mandas criados,  
después dueños mandarás,  
porque tú señor serás  
y yo esclava de tu amor;  
si de tu dueño en rigor  
soy alma, serás ahora  
el señor de tu señora  
y el alma de tu señor.

¿Qué te hacía yo que aquí  
vienes, Josef, a inquietarme?  
Culpa has tenido en mirarme;  
yo no te miraba a ti;  
sin mí estoy; vuélveme a mí:  
allá me has hurtado, y muerto:  
que fuiste ladrón te advierto,  
y que te haré castigar,  
porque tras hurtar, matar  
es el mayor desconcierto.

Sin esto, debéis de ser  
hechiceros los hebreos;  
que quien engendra deseos,  
más que hechizos sabe hacer;  
pues no quererme querer  
y hechizarme, ¿qué delito  
mayor se ha visto ni escrito?

JOSEF. No digas más, que aun oyendo,  
pienso que tu honor ofendo  
si hablar en él te permito.

Señora, dos cosas veo  
contra ti, y aun contra mí,  
que me defienden de ti,  
y aun a ti de tu deseo:  
del alto Dios en quien creo,  
la fuerza, porque es inmensa  
con el inmenso la ofensa:  
la de tu honor y marido,  
porque al honor ofendido  
no tiene el amor defensa.

Si su casa me ha fiado,

su honor, sus llaves, su hacienda,  
¿fuera justo que yo emprenda  
su ofensa tan obligado?  
Deja ese inútil cuidado,  
y para excusar enojos,  
no me mires con los ojos  
de amor, porque suele amor  
hacer la letra mayor,  
como mira con antojos.

Mírale con la belleza  
que entra del arnés vestido,  
tan gallardo, tan lucido,  
de tanta marcial riqueza.  
Mira luego mi bajeza,  
roto, pobre, humilde, esclavo;  
con que de decirte acabo  
que quiero morir primero,  
y que tu amor vitupero  
y mi resistencia alabo.

Hace que se va.

NICELA. ¡Tente, tente! ¡Aguarda! ¡Espera!

JOSEF. ¡Suelta el manto!

NICELA. Suelta, infame,  
el alma.

JOSEF. Que, me disfame  
tu amor quiere Dios que quiera.

NICELA. ¡Perro! ¿Tu error persevera  
en ser ingrato conmigo?

JOSEF. Que es imposible, te digo,  
a mi señor ofender.

NICELA. Soy mujer.

JOSEF. Eres mujer,  
que es el mayor enemigo.

NICELA. No te tengo de soltar.

JOSEF. La capa te dejaré  
para señal de la fe  
que he guardado a Putifar.  
Ahí te puedes vengar,  
si no es que tus vicios tapa;  
y así liarás en esa capa,  
con venganza de mujer,  
lo que el toro suele hacer  
del hombre que se le escapa.

Déjale la capa, y entran PUTIFAR y soldados.

PUTIFAR. ¿Qué es esto?

NICELA. ¿Ya no lo ves?

El esclavo que adorabas,  
que me ha querido forzar  
y me ha dejado la capa.

PUTIFAR. ¿Qué dices, Nicela?

NICELA. Digo

que ha muchos días que anda  
este vil esclavo hebreo,  
todo tu gusto y privanza,  
solicitando mi amor.

Sufrí, callé, porque estaba  
temiendo tu justo enojo.

Ya lo has visto; a questo pasa.

PUTIFAR. ¡Soldados, criados, gente!

¡Hola, capitanes, guarda!

TODOS. ¡Señor!

PUTIFAR. ¿Dónde está Josef?

DELIO. ¿No salió de aquesta sala?

NICELA. Agora salió de aquí,

que como su dueño estaba  
con el Rey, halló ocasión  
para una traición tan baja.

¡Forzarme quiso, ay de mí!

Defendiéndome, la capa  
me dejó, como habéis visto.

SERVIO. Perdona, señor, si habla  
tan atrevido contigo

un soldado de tu guarda.

Tuya es la culpa de todo.

PUTIFAR. Prendelde.

SERVIO. Esta vez acaba

la privanza de Josef

y la envidia que me daba.

Vanse los soldados.

PUTIFAR. ¡Que ha sido tan atrevido!

¡Que un esclavo en tierra extraña,  
que compré para servir  
los caballos de mi casa,  
se atreviese a su señora!

Sacan los soldados a JOSEF preso.

DELIO. ¡Anda, perro!

JOSEF.                   ¿Por qué tratas  
desta suerte a un inocente?

PUTIFAR. ¡Mal haya la confianza,  
perro, que tuve de ti!  
¡No te vendieron sin causa  
tus hermanos y parientes  
dentro de tu misma patria!  
Llevalde a la cárcel luego,  
ponelde grillos y guardas;  
muera en una sogá vil  
y no con egipcias armas.

Vase.

JOSEF. Señora, tu...

NICELA.                   ¡Calla, perro!  
Así los ingratos pagan  
lo que a sus señores deben.

JOSEF. Eres mujer que me espanta;  
pero viva mi inocencia  
y máteme tu venganza.

Llévanle preso, y salen BATO y LIDA.

LIDA.   ¿Tú tienes atrevimiento  
de decirme esas razones?

BATO. Deben de ser mis pasiones  
de algún caballo o jumento.

    ¿No soy hombre con narices,  
ojos y frente?

LIDA.                   Sí eres;  
mas no a todas las mujeres  
dicen lo que tú me dices.

BATO.   ¿Pues qué te digo yo a ti?

    ¿Esto solo te fatiga?

    ¿Es milagro que te diga  
que me chamusco por ti?

    Cuando a Dina, mi señora,  
y de mis amos hermana,  
le dijera esta mañana  
lo que a ti te digo agora,  
    ¿fuera justo responder  
con melindres, y tú no?

LIDA. Con su ejemplo quiero yo  
por mi honestidad volver.

BATO. Soy tu igual.

LIDA.                   Eres mi igual;

pero no te tengo amor,  
y para hacerte favor  
no hay cosa tan desigual.

BATO. ¡Ah, qué santas os fingís  
en llegando a no querer,  
que en queriendo, no hay mujer,  
por mucho que presumís,  
aunque al principio se escurra  
por lo grave y bachiller,  
que no se deje poner  
más albardas que una burra!

LIDA. Bato: por esto o esotro  
no seré tuya en mi vida.

BATO. Pues oye, engañosa Lida,  
qué maldición te quillotro:  
prega a Dios quieras a otro  
con las crueldades que escucho,  
que siempre trabajes mucho,  
y que siempre comas poco,  
y tu esposo los regalos  
al matrimonio te niegue,  
que la olla se te pegue  
y él te pegue muchos palos.

LIDA. Oye: un poco te desvía;  
que Jacob, mi señor, viene.

BATO. ¡Oh! ¡Qué necio amor que tiene  
quien de vosotras se fía!

Sale JACOB, viejo venerable, RUBÉN, ISACAR, a lo hebreo.

JACOB. Excusad el consuelo,  
que no le pueden ya tener mis ojos,  
a quien mortal desvelo  
cubre de penas, lágrimas y enojos,  
y por mi bien perdido  
del alma, en la memoria no hay olvido.

Su lastimosa historia  
de Josef, mientras yo viviera, viva  
en mi triste memoria;  
tanto dolor pensándolo reciba,  
porque fueran agravios  
si faltara en mis ojos y en mis labios.

RUBÉN. Jacob, mi padre amado,  
¿de qué sirve traer a la memoria  
el dolor olvidado,  
y aquella triste y lastimosa historia?  
Josef murió, ya es hecho:

ya rasgué mis vestidos y mi pecho.

JACOB. Haber visto mis ojos,  
Rubén, aqúeste campo, dio materia  
a mis justos enojos.

ISACAR. Yo juzgara por última miseria,  
padre, de polo a polo  
tu pena, si a Josef tuvieras solo.

Pero si aquí te quedan  
once hijos, señor, ya es cosa injusta  
que tus penas excedan.

JACOB. Yo la tengo, Isacar, por la más justa  
de la desdicha mía,  
pues más que a todos a Josef quería.

En mis años mayores,  
le engendré de Raquel, de aquella hermosa  
Raquel, de mis amores  
primera causa y ocasión dichosa  
de servir catorce años  
sufriendo injurias y llorando engaños.

RUBÉN. Pues dime, ¿no te queda  
de la misma Raquel, Benjamín bello,  
que consolarte pueda,  
hermoso de ojos, rico de cabello,  
de habla dulce y suave,  
que sigue un oso y que matarle sabe?

JACOB. ¿Hay aquí algún pastor?

ISACAR. Aquí está Bato; mira qué le mandas,  
nuestro padre y señor.

JACOB. Parte si agora en sus ganados andas,  
y a Benjamín, amigo,  
di que a ver a Jacob venga contigo.

BATO. Voy a servirte.

JACOB. El cielo  
que me dejó vivir tan largos años,  
permita algún consuelo.

ISACAR. Lida está aquí.

LIDA. Sintiendo estoy tus daños.

JACOB. ¿Qué hay de mi hija Dina?

LIDA. Que solo el campo a soledad la inclina;  
huye de ver la gente,  
como si fuera en la traición culpada  
de aquel mozo insolente  
de quien fue bien querida y mal gozada.

JACOB. No es mucho que la venza,  
aunque no tiene culpa, la vergüenza.

Salen BATO y BENJAMÍN vestido de pastorcillo muy galán, con su banda en el cinto, arco y flechas.

BATO. Al pie de aquella fuente  
te aguarda, Benjamín, tu padre anciano,  
creciendo su corriente  
memorias tristes de tu muerto hermano.

BENJAMÍN. ¿Y quién con él venía?

BATO. Isacar y Rubén.

BENJAMÍN. Ventura es mía.

Por él solo dejara  
de matar y seguir aquellas fieras,  
padre y señor.

JACOB. La cara  
de mi Raquel.

BENJAMÍN. Dame tus pies.

JACOB. Espera;

que dilatando abrazos,  
podrá quejarse el alma de los brazos.

¿Qué hacías, hijo mío,  
hermoso como el sol cuando amanece,  
sobre el tierno rocío  
que las hierbas de aljófares guarnece,  
fabrica falsas perlas,  
inclinando los ojos a cogerlas?

Amor imaginaba,  
y así vienes agora, vida mía,  
con arco y con aljaba;  
mas decirte requiebros no quería,  
que es despertar la fiera  
que dio muerte a Josef, pues hoy viviera.

BENJAMÍN. Padre y señor querido,  
ojalá fuera yo vida que diera  
consuelo a tu afligido  
pecho, que a tanta dicha lo tuviera,  
que por que te animara,  
no Benjamín, consuelo me llamara.

Raquel me llamó hijo  
de dolor, que por causa de su muerte,  
memoria en que me aflijo,  
quiso que me llamase desta suerte.  
¿Cómo daré consuelo,  
si nombre de dolor me puso el cielo?

JACOB. Como en septiembre sale  
tal vez rojo clavel, y del nativo  
primer color se vale  
contra la fuerza del calor estivo,



y como flor tardía,  
al dueño del jardín causa alegría;  
    así, Benjamín mío,  
naciste tú para aliviar mis daños,  
como flor en estío,  
en el septiembre estéril de mis años,  
causándome alegría,  
y más al tiempo que el jardín perdía.

Vente, mi bien, conmigo,  
que en las orillas de esta fuente quiero  
hablar solo contigo.

BENJAMÍN. Si soy el fruto de tu amor postrero,  
más cerca en la memoria  
tendrás de tu Raquel la dulce historia.

Vanse y salen el rey FARAÓN, ASIRIS, copero, y dos sabios, ELIO y ISACIO.

FARAÓN. Si esto no me declaráis,  
¿a dónde está vuestra ciencia?

ELIO. Señor, no alcanzo a saber  
causas que son tan secretas.

Las diferencias de sueños  
tienen varias diferencias,  
de que nace confusión  
en los que las interpretan.

Si es este sueño animal,  
bien puede ser que proceda  
de tu mismo pensamiento.

ISACIO. Algunas cosas revela  
el cielo, invicto señor,  
en el sueño al que las sueña.

FARAÓN. Ignorantes sois los dos.

¿Vosotros tenéis la escuela  
egipcia? ¿Leéis el curso  
de los cielos y planetas?  
¡Qué Mercurios Trimegistos!

ASIRIS. ¡Cielos, aquí se me acuerda  
de aquel Josef que en la cárcel  
me dijo cosas tan ciertas!

Dame tus pies y perdona  
mi olvido.

FARAÓN. ¿De qué manera?

ASIRIS. Porque te hubiera servido  
si mi memoria no fuera  
de hombre que sirve en palacio,  
que de sí solo se acuerda.  
Cuando mandaste prender

a mí y al que tenía cuenta  
del pan, estaba en la cárcel,  
por cierta injusta querella,  
un mozo hebreo, y a quien  
el Alcaide nos entrega,  
porque en extremo le amaba:  
tales sus virtudes eran.  
Soñamos en una noche  
los dos presos, cuando apenas  
daba lugar el aurora  
que se viesen las estrellas,  
dos sueños que le contamos,  
y fue de los dos tan cierta  
la interpretación, señor,  
que un átomo no discrepa.  
Yo soñé que vi una vid  
que tres sarmientos la cercan,  
a quien luego flores y uvas  
dieron adorno y belleza;  
que yo tu copa tenía,  
y exprimiéndolas en ella,  
te daba a beber.

FARAÓN.                               Pues bien,  
¿cómo ese sueño interpreta?  
ASIRIS. «Tres sarmientos son tres días  
(dijo con divina ciencia),  
que el Rey, tardará en llamarte,  
a quien darás en la mesa  
la copa, como solías,  
y entonces de mí te acuerdas,  
y dile que de esta cárcel  
saque mi humilde inocencia;  
que estoy sin culpa.» A este tiempo,  
viendo el que tu pan gobierna  
la prudencia del mancebo,  
le dijo de esta manera:  
«tres canastillos soñé  
que llevaba en la cabeza  
llenos de harina y de pan,  
y que las aves ligeras  
a comer dellos bajaban.»  
A quien respondió con pena:  
«de aquí a tres días el Rey  
te hará cortar la cabeza,  
y te pondrá en una horca,  
donde las aves que vuelan  
vendrán a comer tus carnes.»

¡Tú sabes cuán verdaderas  
fueron sus declaraciones!

FARAÓN. Tu ingratitud manifiestas;  
parte por él, di al Alcaide  
que yo lo mando.

ASIRIS. No creas  
que fue olvidarme sin causa.

Vase.

FARAÓN. Fiera ingratitud, que ciegas  
los ojos, porque la luz  
al beneficio no vean.  
No ha producido animal  
más venenoso la tierra,  
aunque entre el fiero Fitón,  
o la serpiente Lerneá.  
Los palacios de los reyes,  
a quien una vez los entra,  
son como río de olvido.  
Pocas veces aprovecha  
el ruego del miserable,  
el papel, la diligencia:  
solo de su aumento trata,  
solo su provecho intenta.

Sale JOSEF, roto, ASIRIS y guarda.

ASIRIS. Llega; que te aguarda el Rey.

JOSEF. A tus pies invictos llega  
desde la cárcel, señor,  
Josef, de nación hebrea,  
porque no pudiera hallar  
la gloria de tantas penas,  
menos que tus pies.

FARAÓN. Levanta.

¡Qué hermosa y grave presencia!

Josef, Asiris me ha dicho  
que eres varón que penetras  
los futuros contingentes  
con aprobada experiencia.  
Un sueño pena me ha dado:  
estos sabios que profesan  
serlo en Egipto, a quien hoy  
llaman madre de las ciencias,  
no lo entienden ni declaran.

JOSEF. Pues Dios hará que lo entiendas.

FARAÓN. Soñé que estaba a la orilla  
de un río, en cuya ribera  
vía siete gruesas vacas  
paciendo la verde hierba.  
Luego otras siete tan flacas,  
que devorándose aquellas,  
apenas señal dejaban,  
y me despertó su pena.  
Mas volviéndome a dormir,  
vi siete manadas bellas  
de espigas, y que otras siete,  
débiles, negras y secas,  
las primeras consumían.

JOSEF. Oye, señor, porque sepas  
lo que Dios a Faraón  
por este sueño revela.

Las siete vacas y las siete espigas  
fértiles, son siete años abundantes;  
las macilentas, flacas y enemigas,  
siete contrarios a los años de antes.  
Por duplicarse quiere Dios que sigas  
la luz de la verdad y te adelantes  
al remedio, juzgando el ser tan firme,  
en que el segundo sueño lo confirme.

Nombra un sabio varón que en tus regiones  
recoja el trigo en abundantes años;  
que si en ciertos depósitos lo pones,  
darás remedio a los futuros daños;  
la providencia de ínclitos varones  
nos ha dejado ejemplos, desengaños;  
si los años estériles previenes,  
seguro el tiempo de tu imperio tienes.

FARAÓN. ¿A dónde podré yo hallar  
hombre, Josef, de tu ingenio,  
si Dios habla por tu boca,  
si Dios te inspira y si tengo  
una sibila en tus labios,  
y en tu raro entendimiento,  
con más soberano Apolo,  
un oráculo del cielo?  
Tú serás aquel varón,  
aquel prudente, aquel cuerdo,  
aquel presidente sabio,  
aquel consejero recto,  
que prevenga en la abundancia  
lo que en la desdicha espero  
de tanta esterilidad.

Traed una ropa luego:  
vestilde, adornalde, sea  
Josef desde hoy el gobierno  
de Egipto: traed mi carro,  
aquel rico en que me muestro  
a la ciudad aquel día  
de mi feliz nacimiento.  
Salga triunfando Josef:  
humíllese todo el pueblo  
a mi segunda persona,  
y aunque su nombre es tan bueno,  
y de sus padres y patria,  
salvador del mundo quiero  
que se llame desde hoy:  
muestra, Salvador, el dedo  
del corazón, en que pongo  
el anillo de mi sello.

JOSEF. Señor, tu hechura levantas  
como la luz, que encendiendo  
las demás, siempre se queda  
con la que tuvo primero.  
Aquí tienes a tu esclavo.

FARAÓN. ¿Qué os parece? ¿No es bien hecho  
el haber constituido  
a Salvador de mi reino  
por mi segunda persona?

ASIRIS. Todos, señor, le queremos  
besar los pies.

ELIO. Digno ha sido  
Josef de tan alto imperio.

ISACIO. Sembrad laureles y flores:  
cubrid, esmaltad el suelo;  
que pasa dichoso Egipto,  
el Salvador y Rey nuestro.

Cantan dentro:

Sembrad laureles y flores  
cubrid, esmaltad el suelo,  
que pasa dichoso Egipto,  
el Salvador y Rey nuestro.

Mientras cantan va JOSEF alrededor del tablado, y el Rey a su lado, y dan vueltas.

JOSEF. Vos solo sois Salvador,  
divino Señor del cielo,  
que de la envidia y la cárcel

me sacáis a Rey de un reino.

Tocan la música o chirimías, y éntranse con mucho aplauso, con que se da fin a la primera jornada.

Jornada segunda

Salen BATO y LIDA, pastores, asidos de una cinta.

LIDA. Suelta, necio.

BATO. Extraña estás  
en hacerme tal desprecio.

LIDA. ¿Desprecio es llamarte necio?

BATO. ¿Puede el desprecio ser más?

¿Sabes tú que haya formado  
naturaleza animal  
tan fiero?

LIDA. Siendo mi igual,  
tú mismo te has retratado.

BATO. Antes los cielos quisieran  
sabio elefante, león  
fuerte, espantoso dragón,  
y su fiereza me dieran;  
cuántas cosas ¡ay! querría,  
y no ser necio.

LIDA. Pues yo  
pienso que lo eres.

BATO. Yo no.

LIDA. ¿Pues qué necedad más fría  
que amar a quien te aborrece?

BATO. Antes discreción se llama,  
pues amar a quien nos ama,  
justicia y razón parece.

LIDA. ¿Quién ama obedece?

BATO. Sí;  
que el amor es obediencia.

LIDA. Pues vete de aquí.

BATO. Paciencia;  
digo que me voy de aquí;  
detrás de estos chopos quiero  
esconderme.

Escóndese, y sale BENJAMÍN como antes.

BENJAMÍN. Aunque más huyas,  
seguiré a las alas tuyas,  
tú las del viento ligero.

LIDA. Vente, hermoso Benjamín.

BENJAMÍN. Voy tras una corza herida.

LIDA. Si aquí la tienes tendida  
por el clavel y el jazmín,  
armas de esa gran belleza;  
no sigas al viento vano;  
dame, Benjamín, la mano  
que formó Naturaleza  
de nieve, para templar  
el fuego de tu hermosura.

BENJAMÍN. Así Dios te dé ventura,  
Lida, que me des lugar.

No se me lance en el río  
o en parte que no le alcance.

Ásele.

LIDA. Aquí tienes mayor lance  
en un alma, ingrato mío.

BENJAMÍN. Suéltame: no seas pesada;  
que yo no entiendo de amor.

LIDA. Pues hazme solo un favor,  
ya que estoy desengañada.

BENJAMÍN. Di presto.

LIDA. Que de esos ricos  
cabellos, cortar me dejes  
unas hebras.

BENJAMÍN. No te quejes,  
Lida, de que tema hechizos;  
deja de ser importuna;  
quédate, Lida, con Dios.

Vase.

LIDA. Muerta quedo.

Sale BATO.

BATO. Y aun los dos  
con una misma fortuna.

Basta, que está descubierta,  
Lida ingrata, la razón

de tu olvido.

LIDA.                    ¡Qué traición!  
¿Lo escuchabas? Ya soy muerta.

BATO. Yo se lo diré al señor.

LIDA. ¡Bato! ¡Bato!...

BATO.                    No hay que hablar:  
o amarme, o voy a hablar,  
Lida, tu hechizo o tu amor.

LIDA. Yo te amaré.

BATO.                    Corta en mí  
los cabellos que querías  
en Benjamín, si lo hacías  
por favor.

LIDA.                    Harélo así.

BATO. Corta, aunque lo mismo fuera  
en casa a cualquier lechón.

LIDA. Señor viene; otra ocasión  
tendremos.

BATO.                    Allá me espera.

Vanse.

Salen JACOB, RUBÉN, ISACAR y SIMEÓN.

JACOB. Estéril tiempo y cruel;  
ya mi familia perece.

RUBÉN. Triste vida el campo ofrece;  
cosa no se mira en él  
que con señal de alegría  
la dé a las hojas.

ISACAR.                    El cielo,  
como ofendido del suelo,  
no sustenta lo que cría.

Ya no halla hierba el ganado,  
y parece que se atreve  
a competir con la nieve  
del monte el desierto prado.

JACOB. ¡Lástima es ver, hijos míos,  
que estén tales sus despojos,  
que si no es en nuestros ojos,  
apenas se miran ríos!

Ya entre tanto desconsuelo  
de la sequedad que encierra,  
abre mil bocas la tierra  
para lamentarse al cielo.

Bala el ganado perdido:  
suena en las peñas el eco,  
y vuelve del campo seco



triste el pajarillo al nido.

Y entre tanta confusión,  
me han dado nuevas que Egipto  
está todo su distrito  
fértil en esta ocasión.

Partid, hijos, a comprar  
trigo; partid, aunque sienta  
vuestra ausencia, que a la cuenta  
allá debe de sobrar,

pues acá nos traen señales  
los ríos que de allá vienen.  
RUBÉN. Siempre tus trabajos tienen,  
buen Jacob, descansos tales;

pero no es posible menos,  
viendo los cielos airados,  
los elementos turbados,  
y de mil portentos llenos.

No te osábamos decir  
este remedio, señor,  
por no llegar al dolor,  
causa de vernos partir;

mas pues ya de ti ha nacido,  
¿cómo quieres que se intente,  
padre piadoso y prudente?

JACOB. En partir ya no hay partido;

y habiendo de ser así,  
oíd, hijos de Jacob:  
doce partes hice el alma;  
ya, sin Josef, once sois.  
Vayan los hijos de Lía,  
Rubén, Leví, Simeón;  
vaya el valeroso Judas,  
Isacar y Zabulón;  
Dan y Neptalín, de Vala,  
la que a mi Raquel sirvió;  
los de Zelfa, Gad y Asser,  
Zelfa que Lía me dio.

Solo Benjamín me quede,  
pues que ya no me quedó  
de mi adorada Raquel  
otra memoria de amor.  
Este ha sido mi consuelo  
después que Josef faltó;  
el aliento a la esperanza  
que mis años sustentó.

Con esto, partid, mis hijos,  
y deos Dios la bendición

que Abraham, mi abuelo, Isaac,  
mi padre, les prometió.  
Partid con ella, hijos míos,  
porque si de Dios la voz  
mi sucesión asegura,  
la misma verdad es Dios.

Vase.

NEPTALÍN. Tierno parte.

ISACAR. Es padre al fin.

RUBÉN. Alto; a partir, Isacar.

ISACAR. Pues vaya Bato a llamar  
a los demás, Neptalín.

Vanse.

Entren NICELA y DELFA.

DELFA. Por aquí dicen que pasa  
el Virrey.

NICELA. No sé si vea  
un ángel que me recrea,  
o un demonio que me abrasa.

DELFA. ¿Tanto le amaste?

NICELA. Es de forma  
mi amorosa fantasía,  
que es como el primero día,  
alma que mi cuerno informa.

Ayuda a mi pena el ver  
que un esclavo que fue mío  
llegue a tanto señorío,  
a tal grandeza y poder.

Y viendo que se ha casado  
Josef, y que hijos tiene,  
mi amor a ser furia viene  
en envidia transformado.

Dos le han nacido, ¡ay de mí!  
Efraín y Manasés.

DELFA. ¡Que tanto tiempo después  
haya esa memoria en ti!

NICELA. Y aun con más pena me veo,  
porque sin la ejecución  
tiene amor obstinación  
para dar vida al deseo.

DELFA. Él llega. Apártate aquí.

NICELA. ¡Ay, mi esclavo! ¡Quién creyera  
que en tal grandeza le viera

para más envidia en mí!

Suena música. Sale JOSEF en un carro triunfal, sentado. ASIRIS y PUTIFAR a los lados, a pie. Criados delante, echando flores y ramos por el suelo.

JOSEF. Hoy cumple el sol seis círculos que ha dado,  
amigos, por los altos paralelos,  
que así triunfé del suelo levantado  
por voluntad de los piadosos cielos;  
que aunque puedo decir que me ha criado  
de nuevo el Rey, cuyos dorados velos  
me ha dado como el sol los da a la luna,  
no nace dél mi próspera fortuna.

Por Dios se mueve cuanto el mundo tiene,  
por hado vuestros sabios hoy declaran;  
dél procede la vida, el honor viene;  
todas las cosas en su centro paran.  
Dios cría, Dios sustenta, Dios mantiene  
sus fuertes muros, al humilde ampara;  
Dios hace reyes, que las buenas leyes  
tienen principio en Dios y no en los reyes.

PUTIFAR. Gran Salvador del mundo, justo nombre  
que te dio Faraón, por ti se mira  
libre la tierra; tú el primero hombre;  
que donde tú no estás, cautivo expira  
el mundo. Egipto, Salvador te nombre,  
por ti vive, por ti también respira  
de la opresión estéril, pues pudiera  
volver sin ti la confusión primera.

JOSEF. En llegando a palacio, dad audiencia  
a cuantos, por humildes y afligidos,  
les faltare favor, con advertencia  
que por pobres serán más presto oídos.  
Los frutos, del linaje humano herencia,  
queden con igualdad distribuidos,  
dando sustento a todos igualmente.

PUTIFAR. El cielo, Salvador, tu vida aumente.

Dé vuelta el carro con música, y entre con el acompañamiento que salió. Quedan NICELA y DELFA.

DELFA. ¿Qué dices?

NICELA. Estoy suspensa  
de mirar grandeza tanta.

DELFA. Lo que el mismo Dios levanta  
tiene en su brazo defensa.

No haya miedo que derribe

tan justa privanza envidia.  
NICELA. Mucho en velle me fastidia  
que así mande y así prive.

Sale PUTIFAR.

PUTIFAR. Nicela, ¿tú aquí?

NICELA. ¡Señor!

PUTIFAR. ¿Tú de palacio en la puerta?

NICELA. Aquí he llegado encubierta  
entre el popular rumor,  
con ánimo de mirar  
nuestro esclavo.

PUTIFAR. No hablas bien,  
pues fuera del Rey, también  
Salvador le has de llamar.

NICELA. ¿Yo Salvador?

PUTIFAR. ¿Pues quién es  
hoy por quien vives?

NICELA. No seas  
lisonjero, donde veas  
que no se sigue interés.

Vase NICELA y sale JOSEF.

JOSEF. Dad licencia, general,  
para que entre quien quisiere.

De rodillas.

PUTIFAR. Tu vida el cielo prospere  
a su mismo curso igual.

JOSEF. Álzate; que bien me acuerdo  
de que fuiste dueño mío.

PUTIFAR. (Ensalza tu señorío  
el verte prudente y cuerdo;  
que quien tiene en la memoria  
la humildad en que se vio,  
cuando Dios le levantó  
venció la mayor victoria.) Aparte.

No me puedo persuadir  
que este estuviese culpado:  
celos Nicela me ha dado  
y agravios puedo decir.

Sin duda estaba inocente,  
porque el hombre que es vicioso,  
si llega a ser poderoso

ejecuta lo que siente.

Y pues Josef no lo estuvo,  
ella, sin duda, es culpada,  
y aquella capa arrojada  
la que su golpe detuvo.

Suyos fueron los anteojos;  
ella fue el toro cruel,  
porque a no venirse a él,  
no se la echara a los ojos.

Siéntase JOSEF, y salen RUBÉN, NEPTALÍN, ISACAR, SIMEÓN y BATO.

SIMEÓN. ¿Si es aquel el Salvador?

NEPTALÍN. Aquí dicen que está.

SIMEÓN. Llega.

NEPTALÍN. ¿No hay más de llegar así?

RUBÉN. ¿Cómo le haré reverencias?

BATO. Con ser yo rústico, sé  
que las rodillas en tierra  
le habéis de adorar. Llegad.

De rodillas todos.

RUBÉN. A los pies de tu grandeza  
tenéis, Salvador de Egipto,  
una pobre gente hebrea,  
que viene a comprar el trigo  
que reservó tu prudencia  
para los presentes años,  
según por allá nos cuentan.  
Manda, señor, que nos den  
lo que a tu piedad parezca,  
que en este tiempo socorra  
necesidad tan estrecha.

JOSEF. ¡Cielos! ¿Qué es esto que miro?  
¡Cielos! ¿Quién habrá que entienda  
vuestros secretos? ¡Oh suma,  
oh grande piedad suprema!  
¿No son estos mis hermanos?

RUBÉN. ¿De qué se admira? ¿Qué piensa?

ISACAR. La color se le ha mudado.

NEPTALÍN. En los hombres que gobiernan  
hay este divertimiento,  
como en los hombres de letras.

Grave.

JOSEF. Hombres, ¿de dónde venís?

BATO. Hombres dijo: malas señas.

Más alterado.

JOSEF. ¿De dónde vinisteis, hombres?

BATO. Responded de Adán y Eva.

RUBÉN. De la tierra de Canaán

hemos venido a esta tierra

a comprar trigo, señor.

Colérico.

JOSEF. Mentira bien clara es esta.

BATO. ¿No lo dije yo?

JOSEF. Vosotros

sois espías, cosa es cierta,

y vuestro hábito lo dice.

RUBÉN. ¡Espías, señor! No creas

que ese traidor pensamiento

en nuestra nobleza quepa.

Doce hermanos somos todos

de un padre, aunque de diversas

madres: los once vivimos,

murió el penúltimo, y queda

el último con el viejo,

que del muerto lo consuela.

Ésta es la verdad, señor.

JOSEF. Uno falta.

BATO. ¡Cómo muestra

airado el rostro!

JOSEF. Decid

de qué murió.

RUBÉN. Cierta fiera

en el valle de Mambré,

bajando a dar una fiesta

agua al ganado, le dio

la muerte.

JOSEF. ¡Y qué fiera, fiera!

¡Cómo se ve claramente

que son invenciones vuestras!

Espías sois que venís

a ver que muros, qué puertas,

qué defensas Menfis tiene.

ISACAR. Señor, la verdad es esta.

Levántase.

JOSEF. ¡Por vida del Rey, traidores,  
que hasta que el hermano venga  
que decís que allá quedó,  
y a vuestro padre consuela,  
que no salgáis de una cárcel!  
Vaya el que de todos sea  
más diligente, por él,  
y los demás en cadena  
y grillos queden.

RUBÉN. Señor...

JOSEF. No hay que hablar; la prueba  
de que habéis dicho verdad,  
a la vista se reserva  
del hermano que decís;  
si él viene, será muy cierta:  
si no, será mentirosa,  
¡capitán!

PUTIFAR. ¡Señor!

JOSEF. Encierra  
estos hombres con prisiones  
en una cárcel.

RUBÉN. Es pena  
de nuestro delito justa.

NEPTALÍN. Sí, que la pura inocencia  
de nuestro hermano da voces.

RUBÉN. ¿Ya no os dije que no era  
bien hecho entonces?

SIMEÓN. Agora  
nos viene, sin merecella,  
esta desdicha por él.

PUTIFAR. Caminad.

BATO. Quiero que adviertas,  
capitán, que no soy yo  
de los que el Virrey condena.

PUTIFAR. ¿Pues quién eres tú?

BATO. So quien  
tiene cuenta con las bestias.

PUTIFAR. Pues tenla agora de ti.

BATO. ¡Pobre Bato, quién creyera  
que vinistes a dejar  
el pellejo en tierra ajena!

Llévanlos.

JOSEF. Lágrimas que a los ojos  
solicita piedad de amor nacida,

detened los enojos,  
o corred como fuente que oprimida  
tuvo la dura presa,  
pues no cesa el amor, y el rigor cesa.

Salen FENICIA y LISENO.

LISENO. Él ha de morir, Fenicia.

FENICIA. No ha de morir: ten piedad.

JOSEF. ¿Qué es esto?

LISENO. A tu majestad  
pido, gran señor, justicia.

FENICIA. Yo piedad, Salvador nuestro.

JOSEF. ¿Eres su marido?

LISENO. Soy.

JOSEF. Habla.

LISENO. De Fenicia tuve  
dos hijos.

FENICIA. De entrambos son;  
óyeme a mí.

JOSEF. Da lugar,  
mujer, puesto que el dolor  
del parto más te apresure,  
a que comience el varón.

LISENO. El mayor de mis dos hijos,  
de envidia mató al menor;  
está preso: yo que muera  
quiero, y Fenicia que no.

FENICIA. Señor, si el uno está muerto,  
rigor es matar los dos.

JOSEF. Decís bien; mando que luego  
le saquen de la prisión;  
que Dios le dará castigo  
de la sangre que vertió.

FENICIA. Vivas mil años, amén,  
soberano Salvador  
de Egipto.

JOSEF. ¡Qué justo ejemplo  
de los hijos de Jacob!

Vanse los dos: Sale PUTIFAR.

PUTIFAR. Ya están presos los hebreos.

JOSEF. En estando los tres días,  
dales libertad.

PUTIFAR. Sabrías  
sus maliciosos deseos.



JOSEF. Dellos tengo aviso ya;  
cierto Josef me le dio,  
que allá en su patria nació  
y agora en Egipto está.

PUTIFAR. ¿Conócesle tú?

JOSEF. Muy bien.

PUTIFAR. Yo les daré libertad.

JOSEF. Antes que de la ciudad  
salgan, advierte también  
que prendas al uno dellos,  
que se llama Simeón;  
que importa que esté en prisión  
en tanto que vuelven ellos,  
que han de traer otro hermano;  
dales trigo, y el dinero  
pon en los sacos primero,  
disimulando la mano.

¿Hasme entendido?

PUTIFAR. Muy bien.

JOSEF. Capitán, tu pecho alabo;  
que a quien te sirvió de esclavo  
le sabes servir tan bien.

Vanse y salen LIDA y BENJAMÍN.

LIDA. Mientras con más aspereza  
me tratas, mas crece amor;  
que suele ser el rigor  
aumento de la belleza.

Formó la naturaleza  
montes, hombres, fieras, pechos,  
pues de sus manos los hechos  
no ablandan pechos iguales,  
viendo que en tiernos cristales  
quedan sus jaspes deshechos.

¡Ay, Benjamín! que dijera  
con más causa ¡ay Serafín!,  
pues quien ha de ser mi fin,  
por su hermosura lo fuera:  
si en la hermosa primavera  
de tus verdes años flor,  
no quieres bien, ¿qué rigor  
anima tu pecho helado,  
pues no ves en monte o prado  
cosa que no tenga amor?

Aman las fieras crueles  
que carecen de las almas:

aman las palmas las palmas,  
los laureles los laureles;  
los pajarillos que sueles  
oír con dulces canciones  
cantan sus tiernas pasiones;  
aman las fuentes los ríos:  
solo tú a los males míos,  
áspid, sentimiento pones.

BENJAMÍN. Si yo supiera querer,  
tuviera mi pensamiento  
ligado a tu entendimiento:  
no te supiera ofender.  
La hermosura de tu ser  
naturalmente me obliga,  
mas no sé cómo te diga  
que no entiendo qué es amor,  
si ave, fiera, planta o flor  
en su triunfo enlaza y liga.

Amor es inclinación  
que se causa y no se entiende,  
fuego que en el alma enciende  
el aire del corazón;  
sus dos alas, Lida, son  
una agrado, otra deseo;  
si en servirte no me empleo,  
es porque el alma no inspiran;  
que lo que los ojos miran,  
en los del alma no veo.

LIDA. Si tienes entendimiento,  
¿cómo no ves que el rigor  
pone en las fuerzas de amor  
porfía y atrevimiento?  
Si nace de encogimiento  
de tu tibio corazón,  
mis brazos de fuego son.

Quiere abrazalle.

BENJAMÍN. Desvía, necia.

LIDA. No quiero.

BENJAMÍN. Jacob viene.

LIDA. Ya no espero  
ablandar tu corazón.

Sale JACOB.

JACOB. Mal sufre amor la ausencia:

tormento sin igual recibe el alma;  
faltando la paciencia,  
los sentidos oprime ociosa en calma,  
pues día y noche asiste  
el pensamiento a una memoria triste.

Con justa causa temo:  
ningún consuelo, amor, me satisface;  
siempre amé con extremo:  
de la causa de amor el temor nace,  
que es su mayor efeto.

BENJAMÍN. Padre y señor...

JACOB. ¡Oh, Benjamín discreto!

Parece que entendías  
la falta de consuelo en mis entrañas.  
BENJAMÍN. Señor, las tiernas mías  
mueve tu pecho y mueve las montañas  
desta tierra, que llora  
contigo al irse el sol y al ver la aurora.

Ya vendrán mis hermanos:  
no aumentes tus trabajos con temores.

JACOB. En mí no fueron vanos:  
en teniéndolos yo, vienen mayores;  
que por otro camino  
no se cede mayor del que imagino.

BENJAMÍN. Mayor valor tenías  
cuando en Aran guardabas el ganado,  
tantas noches y días,  
por mi querida madre desvelado,  
por tu Raquel hermosa,  
la mujer más amada y más dichosa.

Alégrase.

JACOB. No sé cómo te diga  
lo que pasé, contento de mis daños;  
así la causa obliga  
el verde abril de mis floridos años,  
y en los primeros siete,  
en tanto que Labán me la promete,  
fui muy gallardo mozo:  
vestíme bien los días que venía  
con amoroso gozo  
a ver tu madre, y ella me decía,  
después que fue mi esposa,  
que de verme galán se vio celosa.

Pues si delante della  
luchábamos tal vez, el más robusto,

mirando a Raquel bella,  
encendido de honor, el lazo justo  
desasido en un vuelo,  
confesaba mi amor midiendo el suelo.

Los lobos me temían,  
los más fieros leones me temblaban;  
los pastores decían  
que la ventaja en toda acción me daban.

LIDA. ¡Qué bien que le engañaste!

BENJAMÍN. Como mujer, en fin, me aconsejaste.

Entre BATO.

BATO. Para ganar las albricias  
presumí de adelantarme,  
si fueran buenas las nuevas.

JACOB. ¡Bato!

BATO. ¡Señor!...

JACOB. No me hables,  
que ya sé que a mis trabajos  
alguna desdicha añades.

¿Vienen mis hijos?

BATO. Ya vienen.

JACOB. ¿Todos?

BATO. Ya tienes delante  
los mayores dellos; puedes  
mejor saber cosas tales.

Salen RUBÉN, ISACAR y NEPTALÍN, tristes.

RUBÉN. Guarden tu vida los cielos.

ISACAR. Los cielos tu vida guarden.

NEPTALÍN. Danos a todos los pies.

JACOB. En los turbados semblantes  
conozco que no venís  
contentos.

RUBÉN. Llegamos, padre,  
a la gran Menfis de Egipto,  
famosa entre las ciudades  
del mundo, y vecina al cielo,  
con pirámides de jaspe.  
Faraón tiene un Virrey,  
hombre de notables partes,  
que sustituye en su cetro,  
y a quien permite que llamen  
Salvador, porque lo ha sido  
en ocasión semejante

de todo el egipcio reino;  
fuimos luego a visitarle,  
y adorando por la tierra  
su persona hermosa y grave,  
nos preguntó por la nuestra;  
yo le dije que este valle:  
con todas las demás cosas  
a su sospecha importantes.  
Dijo que éramos espías,  
y por más que porfiase  
en que éramos gente noble  
y doce hermanos de un padre,  
contándole allí los días,  
once con Josef, que yace  
muerto a manos de la fiera  
que bañó su ropa en sangre,  
y doce con Benjamín;  
no quiso crédito darme  
mientras que no le trujese,  
porque ser verdad probase,  
a Benjamín, por quien queda  
Simeón, padre, en la cárcel,  
pues que tres días nos tuvo  
en sus cadenas con llaves.  
Danos, padre, a Benjamín:  
así los cielos te alarguen  
tu vida, porque sin él  
volver a Egipto no trates.  
Sin esto estamos confusos,  
porque abriendo los costales  
del trigo, hemos hallado,  
sin que un dinero nos falte,  
dentro el mismo que le dimos;  
que si fue yerro, es notable.  
JACOB. ¿Para qué queréis que viva,  
si se aumentan por instantes  
los trabajos de Jacob,  
ya con mi edad desiguales?  
Sin hijos me habéis dejado;  
mató a Josef, Dios lo sabe,  
la fiera que me dijisteis:  
Simeón queda en la cárcel,  
¿y a mi amado Benjamín  
agora queréis quitarme?  
Ya perdí a Josef: no quiero  
que su retrato me falte,  
si no queréis que deshechas

en lágrimas miserables,  
mis blancas canas, al centro  
negro de la tierra bajen.

RUBÉN. No te aflijas desta suerte,  
padre; ya es razón que basten  
tus lágrimas; no permitas  
que, ciego, tu vida acaben.  
Dame a Benjamín, señor,  
porque si no es con llevarle,  
de la cárcel a mi hermano  
no hay oro con que le saques.  
Y si no te le volviere  
sano y libre, que me mates  
dos hijos te doy licencia;  
mira que crece la hambre,  
y también que será fuerza  
volver a hacer su rescate.

JACOB. ¿Por qué dijiste que había  
otro hijo, si nombralle  
no fue porque le pidiese?

NEPTALÍN. El cielo nos desampare,  
nuestros ganados destruya,  
nuestras labranzas abraza  
si fue tal nuestra intención,  
sino solamente darle  
respuesta en orden a todo.

JACOB. Ahora bien, hijos, llevalde,  
si no es posible otra cosa.

BENJAMÍN. No llores: mira que haces  
agravio a valor que pudo  
vencer en la lucha un ángel.  
Lo que Dios te ha prometido,  
¿cómo es posible faltarte?  
Faltará primero el mundo,  
faltarán los cielos antes.

Cara a cara viste a Dios:  
¿Qué temes? ¿Quién será parte  
a ofenderte, si has rendido  
a aquel divino gigante?

JACOB. Si me consuelas así  
y así pretendes dejarme,  
¿qué me dejas por consuelo?  
Ahora bien, Benjamín, parte,  
y parte a tu padre el alma.

BENJAMÍN. Yo espero estos brazos darte  
muy presto con más contento.

JACOB. ¡Hijos, a todos alcance

mi bendición!

Vase llorando.

ISACAR.                    Id con él  
en tanto que se dilate  
esta jornada forzosa.

RUBÉN. Luego que todos descansen  
se intentará la partida.

Vanse, y quedan BATO y LIDA.

BATO. ¡Detente!

LIDA.                    ¡Qué disparate!

BATO. ¿Pues a qué tigre se niegan  
los brazos, aunque llegase  
del color que en la Etiopía  
los adustos negros traen?

LIDA. ¿Quién te ha dicho, Bato, a ti  
que es obligación bastante  
abrazarte sin quererte?

BATO. No porque quieras abrazes,  
sino porque yo te quiero.

LIDA. Ahora bien, porque no llames  
descortesía el no ser,  
como otras mujeres, fácil,  
ve aquí un abrazo.

BATO.                    No seas,  
Lida, así el cielo te guarde,  
manca de la cortesía;  
que aun es defecto entre amantes.

¿No has visto unos majaderos  
que no es posible que alcen  
un dedo de la cabeza  
el sombrero por delante?

¿Y otros que andan en rodeos  
de las palabras iguales,  
y porque el otro esté en pie  
ellos no quieren sentarse,  
pues, fuera de ser muy necios,  
negocian que los infamen  
desenterrando sus vicios?

LIDA. En fin, ¿quieres que te abrace  
con dos brazos?

BATO.                    Si los tienes,  
no se los quites a nadie.

LIDA. ¿Para media voluntad

no quieres que un brazo baste?  
BATO. ¿Luego entre mí y Benjamín  
ya tu voluntad repartes?

Quiérete ya, ¿quién lo duda?  
Pero yo pienso vengarme  
con que no ha de volver más.

LIDA. ¿Qué dices?

BATO.                   Que no me abracés;  
que voluntad con dos medias  
algún necio se la calce.

Éntrase cada uno por su parte.

Jornada tercera

Salen JOSEF y PUTIFAR.

JOSEF. Qué, ¿han venido los hebreos  
de la tierra de Canaán?

PUTIFAR. De besar tus pies están  
con mil ardientes deseos.

JOSEF. ¿Viene con ellos también  
el más pequeño?

PUTIFAR.                   Con ellos  
viene, y aunque algunos dellos  
gallardos parecen bien,  
no igualan a Benjamín,  
que así dicen que se nombra,  
porque son de su sol sombra.

JOSEF. Qué, ¿vino el muchacho al fin?

PUTIFAR. Parece que te alegraste.

JOSEF. Presto sabrás la ocasión.

PUTIFAR. No sabiendo la intención  
con que a los once llamaste,  
pensaron que era el dinero  
que en los costales hallaron:  
de nuevo me lo entregaron:  
respondo que no lo quiero,  
y que a comer los convidas;  
de que están fuera de sí.

JOSEF. Llámalos.

PUTIFAR.                   Ya están aquí.

JOSEF. ¿Qué puede haber que le pidas,



Josef, al piadoso cielo?  
Subo en aquesta ocasión  
al trono de Faraón;  
mas no con soberbio celo,  
sino solo por cumplir  
del gran Dios la voluntad,  
porque bajó mi humildad  
cuanto ella quiere subir.

Haya dosel y sillas, con gradas: siéntese, y salen los hermanos. De rodillas.

ISACAR. Adorando la tierra humildemente  
de tu trono real, cuyos trofeos  
envidiando laureles, a tu frente  
coronan resplandores Idumeos,  
están ¡oh generoso presidente  
del valle de Mambré! los diez hebreos,  
para que seas tú mismo testigo  
de la verdad que se trató contigo.

¡Oh! Si vieras, señor, el sentimiento  
de su padre Jacob, por que no hallaras  
con humana ternera rendimiento,  
aunque al valor decrépito igualaras  
si has visto la verdad, si el pensamiento,  
y que dejamos nuestras prendas caras  
en prenda del garzón que prometimos,  
el preso y dulce hermano te pedimos.

JOSEF. ¿Tendrá aquí mi corazón  
fuerzas para estarse en pie,  
o al desmayo le daré  
de mi sangre y mi afición?  
¡Ojos, tened compasión  
de las entrañas deshechas!  
Las lágrimas os dan hechas:  
llorad, que ningún nacido  
el alma le han oprimido  
causas de amor tan estrechas.

Pero no haya más enojos,  
porque es tan bello el rapaz,  
que hasta a ponerse en paz  
el corazón y los ojos,  
que imagen de los despojos  
por que tanto nombre dan  
a Raquel, mirando están;  
si era así mi hermosa madre,  
¿qué me espanto que mi padre  
sirviere tanto a Labán?

Quiero bajar.

Baja del trono.

BATO. Mucho advierte,  
Benjamín, el Rey en ti.

BENJAMÍN. Bato, después que le vi,  
turbado estoy.

BATO. ¿De qué suerte?

BENJAMÍN. No te lo sabré decir;  
pero sé que el corazón  
con una cierta pasión  
me ha comenzado a rendir.

JOSEF. ¡Hebreos!

RUBÉN. ¡Señor!

JOSEF. ¿Está  
bueno vuestro padre?

RUBÉN. Queda  
bueno, si es que vivir pueda  
faltándole el alma ya.

JOSEF. ¿Es aqueste aquel hermano  
que me dijisteis?

RUBÉN. ¡Él es!

JOSEF. ¡Llegalde!

De rodillas.

BENJAMÍN. Dame tus pies  
y a besar tu heroica mano.

JOSEF. Los brazos es más razón.

BENJAMÍN. No soy digno de tus brazos.

Aparte.

JOSEF. ¡Ay Dios, con qué estrechos lazos  
me oprimes el corazón!

Las lágrimas resistir,  
¿qué piedad lo puede hacer?

Yo las quiero detener,  
y ellas mueren por salir;  
yo me pierdo si está aquí.

¡Capitán!

PUTIFAR. ¡Señor!

JOSEF. ¿Está

puesta la mesa; que ya  
será tiempo?

PUTIFAR. ¡Señor, sí!

JOSEF. Diles que entren.  
PUTIFAR. Entrad todos  
adonde habéis de comer.  
RUBÉN. Gran merced nos quiere hacer.  
NEPTALÍN. En sus amorosos modos  
se advierte su voluntad.  
BENJAMÍN. Vamos, Bato.  
BATO. Benjamín,  
temeroso voy del fin;  
tiemblo a toda Majestad.  
Un ajoqueso en mi choza  
tengo por cosa más sabia  
que cuantos fénix de Arabia  
el Rey poderoso goza.  
BENJAMÍN. Tu necio gusto condeno.  
BATO. Yo no, porque no se sabe  
que hayan dado a humilde o grave,  
en ajo a nadie veneno.

Vanse.

JOSEF. Oye, capitán.  
PUTIFAR. ¡Señor!  
JOSEF. Luego que hayan comido  
los despachas.  
PUTIFAR. ¿Qué has tenido?  
JOSEF. Piedad, capitán, y amor.  
Enternézcome de ver  
gente de mi tierra; en fin,  
¿no era bello Benjamín?  
PUTIFAR. Un rey merecía ser.  
JOSEF. Óyeme.  
PUTIFAR. ¿Qué es lo que mandas,  
que no te entiendo, señor?  
Que para piedad y amor  
con muchos cuidados andas.  
JOSEF. En los costales del trigo  
pon a todos su dinero  
sin que lo entiendan; que quiero  
mostrarme a mi patria amigo,  
y en el del menor hermano  
pon mi copa más preciosa.  
PUTIFAR. ¿Quieres, señor, otra cosa?  
Que esto no se intenta en vano.  
JOSEF. De secreto te diré  
cómo has de salir tras ellos,  
y por ladrones prendellos.

PUTIFAR. Lo que ordenares haré,  
que no será sin misterio.

JOSEF. Voyme a comer.

PUTIFAR. Pues, señor,  
¿cómo das pena y favor?

¿Cómo honor y vituperio?

JOSEF. Tú lo entenderás después.

Vase.

PUTIFAR. Confuso en extremo estoy,  
porque a entender no me doy  
que esto sin misterio es.

Vase y entran todos los hermanos.

RUBÉN. ¡Notable benignidad  
la del Salvador famoso!

SIMEÓN. En buena prisión me puso.

ISACAR. Y no lo sentimos poco.

RUBÉN. De mi buen padre Jacob  
sentí la pena.

NEPTALÍN. Lloroso  
quedó el viejo por tu ausencia;  
pero más cuando propongo  
el llevar a Benjamín,  
última luz de sus ojos.

BATO. Gracias a Dios de Israel,  
que os verá juntos a todos,  
lentos del trigo que espera.

RUBÉN. En contándole nosotros  
lo que el Salvador ha hecho,  
bajando del alto trono  
de su grandeza, a comer  
con diez labradores toscos,  
se le ha de aumentar la vida.

ISACAR. El es hombre generoso,  
y el prender a Simeón  
por sospecha, fue forzoso  
del oficio de Virrey,  
que no es el gobierno solo,  
sino el prevenir el daño,  
digno de aquel cargo honroso.

RUBÉN. ¡Qué gran convite nos hizo!

BATO. Allá me dio el mayordomo  
también de comer a mí;  
¡pardiez, que rodaban pollos!

¿No habéis visto unos monazos  
que guardan a un lado y otro  
las nueces y las castañas  
al tiempo más espacioso?

Pues al famoso convite  
fui con los carrillos monos,  
y para el camino, lleno,  
que al fin es largo y angosto.

RUBÉN. Dente de comer a ti:  
irás del Negro al Mar Rojo.

BATO. ¿Qué quieres? Todo el placer  
del mundo dicen que es solo  
comer más o comer menos;  
los ricos lo comen todo,  
los pobres todo lo ayunan.

BENJAMÍN. ¿Qué gente es esta?

ISACAR. El adorno  
dice que es gente del Rey.

RUBÉN. Si nos buscan...

BATO. ¿Por qué? ¿Cómo?

Salen PUTIFAR y soldados.

PUTIFAR. Tened el paso, traidores;  
ataja, Eraclio, a los otros;  
aguardad, fieros hebreos.

RUBÉN. ¿A nosotros?

PUTIFAR. A vosotros,  
pues como infames, habiendo  
de un Príncipe tan piadoso  
con extraños, recibido  
el beneficio notorio,  
al Rey mi señor, y a Mentis,  
humillando el regio solio  
a vuestra ruda humildad,  
y comiendo igual con todos,  
su copa le habéis hurtado.

RUBÉN. ¿Cómo su copa nosotros?  
¿Qué dices?

PUTIFAR. Que le ha faltado  
al repostero.

RUBÉN. ¿Qué abono  
de nuestra lealtad queréis  
para templar tanto enojo,  
mayor que el haberos vuelto  
el dinero que nosotros  
volvimos a nuestra tierra

en los costales?

PUTIFAR. Volviólo

vuestro engaño, porque estaba  
del castigo temeroso.

Desatad esos costales.

RUBÉN. Si en alguno, a decir torno,  
hallares oro ni plata,  
cuyo fuere, muera.

PUTIFAR. Todos  
los desatad uno a uno.

BATO. El de Benjamín descojo,  
que es el que me toca a mí.

RUBÉN. Que muera es castigo corto;  
todos seremos esclavos  
de tu Príncipe dichoso.

SOLDADOS. Aquí está la copa.

RUBÉN. ¿Aquí?

SOLDADOS. El menor la puso en cobro.

RUBÉN. ¡Tú, Benjamín!

BENJAMÍN. ¿Qué me miras?

Todo el cielo poderoso  
me destruya si la he visto;  
ni yo perdiera el decoro  
a la sangre de Abraham  
por cuantos vasos preciosos  
desde el principio del mundo  
dio la codicia al tesoro.

PUTIFAR. ¡Ah, villanos! ¿Esto pasa?  
Prendelos.

RUBÉN. Benjamín, rompo  
mis vestidos y mi pecho.

PUTIFAR. Ladrones sois, ya os conozco;  
vayan al Virrey.

NEPTALÍN. ¡Ah, cielos!

BENJAMÍN. Hermanos, no he sido estorbo  
de vuestro viaje yo;  
que este es falso testimonio.

RUBÉN. Sabemos que eres un ángel.

PUTIFAR. Caminad.

BENJAMÍN. ¡Cielos piadosos,  
descubrid la verdad!

RUBÉN. Creo  
que Dios nos dará socorro.

BATO. ¿A Egipto volvemos?

SOLDADOS. Sí.

BATO. ¡Pobre Bato! Ya desdoble  
la panza para pagar

los pollos y los repollos.

Vanse.

Salen FARAÓN y JOSEF.

SIMEÓN. Partiremos los dos este presente,  
pues tiene de la paz la mejor parte.

JOSEF. Beso tus pies, señor.

SIMEÓN. Josef, detente.

JOSEF. Bien es que tu grandeza los aparte:

la tierra es a mi boca suficiente;  
donde los pones, invencible Marte,  
temió Bazán tus armas.

SIMEÓN. No temiera

si el año de la guerra fértil fuera.

No toma bien las armas el soldado  
por el estéril campo divertido;  
la falta del sustento siempre ha dado  
victoria al fuerte, infamia al oprimido;  
voy a partirle en tu virtud fiado,  
que de mi reino redentor has sido:  
desde hoy, Josef, a tu memoria debo  
dorada estatua en obelisco nuevo.

Vase.

JOSEF. ¡Cuánto debe Josef, Rey soberano,  
desde mis padres, Abraham valiente,  
Isaac piadoso, Jacob limpio siente,  
Josef humilde, perseguido en vano!

Trújome aquí tu poderosa mano:  
así te agrada el ánimo inocente  
donde permite que el remedio intente  
del uno y otro fratricida hermano.

Tú con el brazo del poder piadoso  
me has levantado a la real esfera,  
libre del homicida y envidioso;  
que es bestia tan feroz la envidia fiera,  
que es menester un Dios tan poderoso  
para que un hombre en su rigor no muera.

Salen PUTIFAR y soldados y los hermanos todos.

PUTIFAR. Entrad presto, villanos, a la muerte,  
que no al Virrey famoso.

Todos de rodillas.

RUBÉN. Salvador generoso,

aquí nos tiene tu piedad, advierte.

SIMEÓN. Y aquel también, señor, en cuya hacienda  
fue hallada ¡ay, cielos! tu dorada prenda.

JOSEF. ¿Por qué habéis perpetrado tal delito,  
ingratos a mi pecho  
y al favor que os he hecho?

¿Desde Canaán venís a hurtar a Egipto?

¿Este es el premio justo  
de hacer os honras y de dar os gusto?

RUBÉN. Señor, todos queremos, pues es justo,  
quedar por tus esclavos;

eses imprima, y clavos,  
en todos nuestros rostros hierro adusto;  
confiesen de tu nombre heroicas letras,  
que la maldad de nuestro error penetras.

JOSEF. No lo permita el cielo; solo sea  
mi esclavo el atrevido  
que como veis ha sido  
autor de culpa tan enorme y fea;  
los demás podéis ir os libremente  
adonde vive vuestro padre ausente.

ISACAR. Virrey soberano  
deste ilustre reino,

Salvador en nombre  
y en heroicos hechos:

Príncipe dichoso  
que después del cielo,  
sobre blancas aras  
mereces incienso:

cuyo nombre adoran  
los Partos y Medos,  
los Mesopotamios,  
los Sirios y Armenios:

nosotros venimos  
de aquel valle hebreo  
donde vio Abraham

a los tres mancebos  
divina figura  
del divino Terno,  
una esencia solo,  
solo un Dios inmenso.

Venimos, señor,  
como digo, haciendo  
memorias piadosas  
de mejores tiempos;



porque allá a los montes  
de hierba compuestos,  
pelaban los años  
barbas y cabellos.  
Ni una flor al prado,  
ni un grano al barbecho,  
abril producía  
ni bañaba el cielo.  
Nuestro amado padre  
nos dio tal consejo:  
tú nos preguntaste  
de nuestros sucesos,  
si teníamos padres,  
hermanos o deudos.  
Ya te respondimos  
que padre, y muy viejo,  
y un pequeño hermano,  
que era su consuelo.  
Este niño, y otro  
que ha mucho que es muerto,  
eran de una madre  
de Jacob espejo.  
La bella Raquel  
se llamaba, y creo  
que era su hermosura  
en ella lo menos.  
«Traelde, dijiste,  
que verle deseo,  
y saber si en todo  
sois falsos o ciertos.»  
Yo te respondí:  
«El traerle tengo  
por cosa imposible,  
porque el viejo, luego  
que el niño le quiten,  
vivirá muriendo.»  
Respondiste entonces:  
«Si yo no le veo,  
no veréis mi rostro.»  
Partimos con esto  
y en Canaán hablamos  
a Jacob, tu siervo,  
que en oyendo el caso  
se quedó suspenso.  
Dos hijos que tuve  
de Raquel, hoy pierdo:  
si este me lleváis,

sin espejo quedo.  
Pues mira, señor,  
si agora volvemos  
sin tu Benjamín,  
alma de tu pecho,  
¿qué será de todos,  
y un hermano muerto?  
En prendas le daba  
dos muchachos bellos;  
mas yo, sobre mí,  
con gran juramento  
tomé su peligro,  
¿pues qué haré si vuelvo?  
Ciento y ochenta años  
cumple el santo viejo;  
las canas le bañan  
el ilustre pecho.  
Todos de rodillas,  
lágrimas vertiendo,  
su vida pedimos.  
TODOS. ¡Señor!  
JOSEF.            Esto es hecho.  
Afuera, egipcios, salid:  
dejad aquí los hebreos.  
PUTIFAR. ¿Qué es esto?  
SOLDADOS.            No sé.

Vanse.

JOSEF.                            Deseos,  
¿qué aguardáis? Llanto, venid;  
salid, lágrimas; oíd:  
yo soy Josef.  
RUBÉN.                            ¿Qué, señor?  
JOSEF. Y que un piadoso dolor  
me aprieta con fuerza tanta,  
que entre el alma y la garganta  
se me atraviesa el amor.  
ISACAR. ¿Quién te podrá responder?  
JOSEF. Yo soy aquel que vendistes:  
llegaos a mí, no estéis tristes;  
que ya me mata el placer.  
No os quedará que temer  
si yo muero a queste día,  
pues pienso que ser podría  
que si por mi fortaleza  
no me mató la tristeza,

me ha de matar la alegría.  
BENJAMÍN. El llanto, Josef querido,  
te muestra el alma en los ojos.

JOSEF. ¡Oh, qué me quitas de enojos!  
¡Oh!, qué amor que me has debido!  
Estoy muy agradecido  
que hayas, en fin, sustentado,  
Benjamín, mi padre amado,  
porque si por ti vivió,  
su vida, la que nos dio,  
has en los tres conservado.

Él se miraba en Raquel,  
yo miro los dos en ti;  
a ellos me parecí,  
tú te pareces a él.  
Hoy resucita el clavel  
a quien dio muerte Caín:  
juntóse el espejo, en fin,  
en que se miraba el viejo;  
a tanta edad, grande espejo:  
júntate a mí, Benjamín.

Abrázanse.

BENJAMÍN. Señor, todos mis hermanos  
te hablan mudos, si en silencio  
tan justo no diferencio  
sus lenguas como sus manos.  
Tus favores soberanos  
son causa, en fin, que han movido  
mi lengua a ser atrevido,  
y más dándome lugar  
en tus brazos, por juntar  
el espejo dividido.

Desde el punto en que te vi  
no sé qué sentí en mi pecho,  
que te amaba satisfecho  
de ver tanta gracia en ti.  
Hablabas, y no la entendí  
al alma, que la avisaba  
que en ti la mitad estaba  
del alma que en mí vivía;  
y así la media entendía  
por qué la media faltaba.

JOSEF. Correspondes justamente  
a tu exterior, dulce hermano;  
vosotros, mi padre anciano

consolad alegremente:  
partid, y el mayor le cuente  
el estado de mi bien,  
para que venga también  
con vosotros a gozalle,  
trocando de Arán el valle  
por el valle de Jesén.

Daréos carros y vestidos,  
plata y oro en cantidad,  
muestras de la voluntad  
con que seréis recibidos.  
Venid todos, que admitidos  
del Rey, mi señor, seréis:  
en Egipto viviréis,  
donde seréis lo que soy;  
que toda mi vida os doy  
porque a mi padre me deis.

RUBÉN. Dulce hermano, que aun apenas  
me atrevo a llamarte hermano,  
aunque no fui el más tirano  
de la sangre de tus venas;  
por la que tienes, perdona  
y muestra aquí tu piedad:  
no castigues, Majestad,  
delitos de tu persona.

A nuestro padre diremos  
que venga a verte y vivir.

JOSEF. Para que podáis partir,  
lugar a los brazos demos.

Venid, besaréis la mano  
al Rey.

BATO. Ya será razón  
¡oh generoso varón!  
que des la tuya a un villano.

JOSEF. ¿Eres Neptalín o quién?

BATO. Bato so, señor, Batico,  
el que cuando fue más chico  
jugaba con él también.

JOSEF. Mucho me alegro de verte.

BATO. En fin, ¿que no le comió  
aquel lobo o fiera?

JOSEF. No;  
que fue fingida mi muerte.

Vanse los hermanos, hincándose de rodillas cuando vaya pasando JOSEF, y quedan  
BENJAMÍN y BATO.

BENJAMÍN. Vamos, Bato, porque demos  
esta nueva al viejo santo.

BATO. Mas que ha de alegrarse tanto,  
que muera entre dos extremos.

BENJAMÍN. Camina.

BATO. ¿Darásme a Lida,  
pues has de ser gran señor?

BENJAMÍN. Nunca yo la tuve amor.

BATO. ¿Por tu vida?

BENJAMÍN. ¡Por mi vida!

Yo te la doy por mujer.

BATO. Desta vez pienso vengarme  
¡voto al sol, que ha de rogarme  
y que no la he de querer!

Vanse.

Sale JACOB.

JACOB. ¡Divino autor del cielo,  
señor de cuanto miro,  
a quien besan los pies las potestades,  
sirviéndole de cielo  
el eterno zafiro,  
por infinitos círculos de edades;  
en tantas soledades,  
consuela mi afligido  
pecho, cuya flaqueza  
se vio de tu grandeza  
entre las piedras de Betel vestido;  
mis trabajos te muevan,  
que al término fatal mis años llevan.

Ya de Labán airado,  
cuando a Raquel y Lía  
saqué, imitando entonces sus engaños,  
y de Esaú, que armado  
pensé que me seguía,  
trocaste en paces los futuros daños.

En el fin de mis años  
me robaron a Dina,  
mató a Josef la fiera;  
no permitas que muera  
sin ver a Benjamín, que peregrina;  
busque diversos modos  
la muerte, fin de mis trabajos todos.

Entre DINA con los músicos de pastores y galas de baile, y LIDA.

DINA. En esta fuerte ocasión  
le tenemos de alegrar.

LIDA. Aumentarás su pesar;  
que yo sé su condición.

DINA. Padre, en la ausencia llorosa  
de mis hermanos, queremos  
alegrarte.

JACOB. En dos extremos  
mal el cuidado reposa.

Mis trabajos han llevado,  
entre el amor y el temor,  
mi vida a su fin.

DINA. Señor,  
hurta este rato al cuidado:  
siéntate a ver y a oír  
nuestros rudos regocijos;  
que presto vendrán tus hijos.

JACOB. Dina, siéntome morir.

Siéntase, y bailen DINA y LIDA, con otros dos, lo que los músicos cantan.  
Cantan.

La serrana hermosa,  
la del bel mirare,  
gloria de las selvas,  
¿qué? y honra destos valles;  
la que en boca y dientes,  
por diferenciarse,  
trae en el aldea,  
¿qué? perlas y corales;  
al pastor Jacob  
perdido le trae  
siete años por ella,  
¿qué? sirviendo a Labane.  
El tiempo se rinde  
a un amor tan grande,  
que no puede el tiempo,  
¿qué? vencer voluntades.  
Hácense las bodas:  
van a desposarse  
donde los pastores,  
¿qué? jacen este baile.  
En amor tan largo,  
Raquel querida,  
pocos son los años,  
corta la vida.

Ruido dentro de camellos y cabalgaduras con cencerros y campanillas, y voces diciendo:  
Para, para ese ganado.

JACOB. ¡Paso! ¿Qué ruido es este?

LIDA. Dromedarios y elefantes,  
carros y carrozas vienen  
por las selvas de los sauces.

JACOB. Pues esos no son mis hijos,  
porque más humilde traen  
los bagajes de su trigo.

BATO y RUBÉN corriendo.

BATO. Yo tengo de llegar antes.

RUBÉN. Tente, bestia.

BATO. ¿Pues qué bestia  
se ha tenido?

RUBÉN. Los pies dadme,  
padre y señor.

BATO. ¡Josef vive!  
Decid agora adelante.

JACOB. ¿Qué es esto, Rubén?

RUBÉN. Señor,  
fuimos a Egipto...

BATO. Contadle  
que era Josef el Virrey.

RUBÉN. ¡Animal! ¿Quieres dejarme?

JACOB. ¿Qué dice Bato, Rubén?

RUBÉN. No sé qué te diga, padre,  
si ha dicho que Josef vive.

JACOB. ¡Josef! ¿Mi hijo?

DINA. Dejalde;  
que tan bien quitan la vida  
placeres como pesares.

Salen BENJAMÍN y los demás hermanos.

NEPTALÍN. Danos a besar tus pies.

JACOB. ¡Hijos míos, abrazadme!

¡Oh, querido Benjamín!

BENJAMÍN. ¿Por dicha la historia sabes  
de Josef y cómo vive?

Mira que envía a llamarte,  
y que nos dio Faraón  
tanto oro y plata, que traen  
cargas de suma riqueza  
dromedarios y elefantes.

JACOB. Si Josef, mi hijo, vive,  
hijos, mi vida se acabe.

RUBÉN. Señor, a llamarte envía  
porque le veas y hables  
y porque vivas con él,  
que nos quiere dar un valle  
que pueble nuestra familia.

JACOB. ¡Inmenso cielo, esforzadme!  
Los trabajos no me han muerto:  
no queráis que el bien me acabe.

ISACAR. Perdido se fue Josef  
a Egipto, y allá sus grandes  
virtudes al Rey le obligan  
que hasta su trono le ensalce.

JACOB. No quiero saber la causa.  
En tanta gloria: dejadme,  
hijos, un momento solo.

BATO. ¿Qué hay, Lida?

LIDA. Tus disparates.

BATO. ¿Sabes que eres mi mujer  
y que tengo de vengarme?

LIDA. ¡Como no me tires coces!  
Mas ¿qué otra venganza sabes?

Vase.

RUBÉN. Bato, recoge la gente.

NEPTALÍN. ¡Bato!

BATO. Batear y dalle.

NEPTALÍN. Ese bagaje se albergue.

BATO. Más que se caigan de hambre,  
mas que el dimuño lo lleve,  
pues que esta Lida me hace  
otro Jacob a lo burdo,  
en años y flema iguales.

Vanse todos y queda JACOB solo.

JACOB. Siempre, Señor soberano,  
en todas mis cosas fuistes  
luz, que a mis ojos la distes  
vuestra poderosa mano.  
Siempre de cualquier tirano  
me libró con su piedad:  
ojos, aquí descansad;  
mas siempre os hablo durmiendo,  
que no iré mientras no entiendo



su divina voluntad.

El pozo del juramento  
es este; aquí me reclino  
por principio del camino,  
que ver a Josef intento.  
Vos sabréis mi pensamiento;  
no quiero a Josef sin vos:  
tratemos esto los dos;  
que yerra el hombre más sabio  
cuando da, para su agravio,  
un solo paso sin Dios.

Quédese dormido, y con música baje una nube con un ángel. Ábrase la nube y baje el ángel hasta poner los pies, o el trono en que viene, sobre el brocal del pozo.

ÁNGEL. Jacob.

JACOB. Señor soberano,  
¿quién sois?

ÁNGEL. Aquel fuerte Dios  
de tu padre: parte a Egipto:  
yo voy contigo, Jacob;  
yo te volveré también.

JACOB. Señor...

ÁNGEL. No tengas temor,  
que yo te haré entre las gentes  
grande.

Vuélvese a subir con música, y cúbrese.

JACOB. Vuestro siervo soy.

Despierta.

Aguardad, Señor divino:  
esperad, dulce Señor.  
Fuese. ¿Qué es esto que he visto?  
Dios es el mismo que habló.  
A Egipto quiero partir:  
¡valle de Canaán, adiós,  
que voy a ver mi Josef!  
¡Oh, cómo fue sin razón  
creer su muerte! Es mi vida;  
vivía, pues vivo yo.

Vase.

Salen NICELA y JOSEF.

NICELA. Esta merced me has de hacer.

JOSEF. Nicela, ¿tú hablas así?

¿No sabes que te serví,  
y que estuve en tu poder?

NICELA. Cuando me acuerdo, señor,  
que aquella maldad me culpa,  
pido al amor la disculpa.

JOSEF. Todo es disculpas amor.

NICELA. Testimonio tan cruel,  
solo el amor lo inventara,  
y en una mujer hallara  
desatinos para él.

Estoy tan arrepentida,  
que te pido me perdones  
si admite satisfacciones  
una inocencia ofendida.

Si fue locura quererte,  
ser mujer me disculpó,  
pero nadie mereció  
por amar deshonor o muerte.

General de Faraón  
es mi esposo: él te ha servido.

JOSEF. Tu esclavo, Nicela, he sido.

NICELA. Todos tus esclavos son.

JOSEF. Yo no soy de los privados  
que desvanece el lugar;  
de los reyes se ha de usar  
como de hombres; los Estados  
tienen principio y aumento,  
estado y disminución.  
Es la humana condición,  
como una veleta al viento.

Hoy soy, y puedo no ser,  
y pues ves que ser no puedo,  
si mañana sin ser quedo,  
¿qué puedo sin ser poder?

Haré bien a tu marido:  
seré buen tercero yo:  
así porque me sirvió,  
como porque le he querido.

NICELA. El Rey.

JOSEF. Apártate aquí;  
por tu esposo le hablaré.

NICELA. No te acuerdes de que fue  
cárcel mi amor para ti,  
sino que della saliste  
a ser Rey por mi ocasión,

pues que le dio mi traición  
al trono donde subiste.

Sale el REY; hinca la rodilla JOSEF, y levántale.

SIMEÓN. Muy quejoso estoy de ti;  
¿no fuera razón que dieras  
cuenta, Josef, a tu Rey  
destas venturosas nuevas?

JOSEF. ¿Qué nuevas, señor?

SIMEÓN. Después  
que se fueron a tu tierra  
tus hermanos, y les di  
carros, oro, plata y seda,  
mis camellos y elefantes,  
para que con más grandeza  
trujeran tu viejo padre  
sobre cien años y ochenta,  
¿no me dices que ha llegado?

JOSEF. Porque esas nuevas te deba,  
por quien te beso los pies,  
de mi descuido te quejas;  
y en albricias deste bien,  
quiero que un bien me concedas.

SIMEÓN. ¿Pues yo te he de dar a ti?

JOSEF. Sí, señor, que los que reinan,  
al bien de quien quieren bien,  
amando obligados quedan.

SIMEÓN. ¿Qué quieres?

JOSEF. El general,  
que es marido de Nicela

Llega NICELA a los pies del REY.

(llega y bésale los pies),  
te ha servido en paz y en guerra;  
fue mi dueño, como sabes.

FARAÓN. Conozco, Josef, la deuda:  
tú del Rey eres segunda:  
tercera persona sea:  
en mi Consejo presida.

NICELA. Los pies Nicela te besa  
por tanto bien.

JOSEF. Ya mi padre,  
invicto Príncipe, llega.

Sacan a JACOB entre cuatro hijos, y salgan todos.

JACOB. Dejadme, aunque sea sin pies,  
besaré los de su Alteza,  
y veré a Josef el rostro.

JOSEF. ¡Padre!

JACOB. Agora, Josef, venga  
la muerte, pues mis trabajos  
hicieron fin.

RUBÉN. La tercera  
parte os dirá lo demás;  
que aquí dio fin el poeta  
de Jacob a los trabajos,  
que es la gran tragicomedia  
de la salida de Egipto:  
Belardo los pies os besa.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el  
siguiente [enlace](#).

